

Impresiones de la IV Visita del Papa Juan Pablo II

Bernardo Barranco V.*

El Papa y la religiosidad popular

La visita del Papa, realizada del 22 al 26 de enero de 1999, fue una fiesta popular. No hubo ni acarreos ni concesiones especiales, el pueblo salió a las calles para vitorear y rendir culto a un personaje admirado y respetado. La visita reconfirma que la religiosidad popular mexicana es fuerte y profunda, hecho que invita a repensar diferentes tesis sobre la secularización, así como a comprender el sentido sociológico en torno al llamado reavivamiento de lo religioso en este fin de siglo. La presencia popular masiva, principalmente de los habitantes de la capital, fue un acontecimiento que merece mayor estudio antropológico. Se pasó del desbordamiento, como efectivamente ocurrió en las anteriores visitas, a una especie de catarsis colectiva; entre siete y ocho millones de capitalinos se arremolinaron principalmente en las calles para ver, aunque fuera por unos segundos, la figura magnética del Papa, el pueblo esperó largas horas para rendirse ritualmente ante la persona que encarna sus más profundas creencias religiosas. Habría que preguntarse por qué este evento no se dio ni en Chiapas ni en Oaxaca, regiones presumiblemente más atrasadas y muchísimo más religiosas, sino en la capital del país, en la ciudad más cosmopolita y abierta al mundo exterior, en la ciudad con mayores ingresos y mejores niveles educativos. El fervor religioso afloró, sin distinciones sociales, en la ciudad mexicana cuya población votó mayoritariamente en las últimas elecciones por una opción de izquierda. Ciertamente que la personalidad y la trayectoria de Juan Pablo II influyen, sin embargo según encuestas, la tónica estuvo marcada por la emoción es decir, pesó más la dimensión de los sentimientos religiosos que los contenidos. Al capitalino medio poco le interesa-

* Director de Invertir para la sustentabilidad A. C.

ba la propuesta milenarista del Papa ni su nueva concepción sobre América o los contenidos del documento postsinodal. La gente, con actitud de orfandad, veía en el Pontífice a un personaje que recordaba, con autoridad moral, valores supremos como el amor, el bien, la esperanza, el consuelo y por supuesto, a Dios. Podemos dar explicaciones sociológicas: la crisis, la ausencia de líderes, la precariedad de proyectos creíbles, las identidades quebrantadas en momentos vacilantes en un país como el nuestro. El Papa representó lo opuesto al lado oscuro de nuestra realidad y logró que predominara la emoción sobre la razón.

México en la "eclesiosfera"

El continente americano no sólo es el que alberga al mayor número de cristianos en este fin de siglo, sino también el que concentra a más de la mitad de los católicos de todo el planeta. Por ello el Papa confirma la importancia geopolítica y religiosa de México en el campo internacional de las religiones, porque nuestro país y nuestra cultura son un puente entre el norte y el sur. Juan Pablo II ha dejado de hablar de América Latina, ahora insiste en América a secas, cuya columna vertebral es la identidad cristiana. Por ello México, con su constante flujo migratorio, se convierte en un país católico en expansión hacia el norte, así como en un freno a los nuevos movimientos religiosos del norte, tanto de las llamadas "sectas" como del *New Age* de las clases altas; la resistencia ante el embate y la lucha por el mercado religioso se basan en la profunda religiosidad popular guadalupana y en otro hecho, no menos importante: la creciente influencia política de la jerarquía católica. Como nación católica no estamos aislados como en las décadas anteriores. El proceso de globalización y conformación de regiones coloca a México en un punto estratégico donde muchas corrientes se van a encontrar y sin duda el catolicismo mexicano tendrá mayor influencia.

El Papa y las tensiones políticas subyacentes

La IV visita del Papa a México, en el aspecto político, plantea también interrogantes a corto plazo. El gobierno de Zedillo, como ningún otro gobierno, mostró un sobrio reconocimiento, más que a la Iglesia Católica a la figura del Papa Juan Pablo II. La adhesión y admiración, el reconocimiento al carisma y un tono filial del presidente hacia el Papa, fueron notorios. Su presencia y prestigio moral son indiscutibles en el mundo entero.

En este sentido, el gobierno de Zedillo se adjudicó puntos ante la opinión pública, sin embargo, su relación, particularmente con la Iglesia, no dejó de tener

roces y tensiones en torno a la situación de las diócesis en Chiapas; la situación de los indígenas; el caso Posadas; la conformación de una nueva reglamentación de cultos; la permanente aspiración educativa religiosa; la presencia en los medios de comunicación, etcétera. Además hay que añadir la crítica de fondo al modelo económico neoliberal que hace la Iglesia Católica, desde el Papa hasta el religioso más humilde. Por ello el discurso, particularmente del cardenal Norberto Rivera en el Autódromo, sin duda, irritó las sensibilidades más correosas de la clase en el poder.

La IV visita del Papa tuvo una novedad en términos políticos, visitó no sólo al poder federal, sino también al poder local del gobierno del D.F., designo contrario al del presidente. Cuauhtémoc Cárdenas tuvo una actitud totalmente diferente a la de 1990 cuando se opuso al uso político de la segunda visita de Juan Pablo II, ahora la capitalizó sin tiento alguno. Su planteamiento fue tender puentes en torno a cuestiones en que comparte posiciones con los católicos. Tal es el caso del antineoliberalismo, la defensa de los derechos humanos, la crítica a los abusos del poder y la solidaridad con los pobres, es decir, mientras Zedillo reconoce la autoridad del Pontífice, Cárdenas exalta aquellas cuestiones estratégicas que el perredismo y el catolicismo comparten.

El Papa "mediático", ¿carismático o manipulador?

Un comentario aparte merecen los medios de comunicación. Mientras éstos han avanzado en materia electoral, ciudadana y de apertura, ante la IV visita del Papa, pusieron de manifiesto su rezago en materia religiosa. Más allá de la excesiva comercialización y venta del personaje religioso, hecho absolutamente reprochable, los medios de comunicación evidenciaron la falta de recursos en términos de contenidos y de comprensión del fenómeno religioso en nuestro país. Por ello se dedicaron a exaltar patéticamente el carisma del personaje agotando todos los adjetivos posibles. Las audiencias, según muestran encuestas, se cansaron de las fórmulas reiterativas y aturdidoras que utilizaron los conductores y locutores principalmente de la televisión. Los medios reflejaron el nivel y edad cultural del país en materia religiosa; es decir, son el fiel reflejo de una cultura religiosa vivida intensamente a través de los ritos, del culto y del capital simbólico, pobres de contenido y carentes de discernimiento y profundidad. El riesgo es que los medios, en su afán de espectacularidad, hagan de la religión un evento en el que predomine el *rating* y el deslumbramiento, factores que causan en la mayoría evasión de la realidad desencantada. Por ello la sociedad debe trabajar, principalmente los intelectuales, incluidos los católicos, para que los medios masivos de

comunicación no atiendan solamente sus intereses económicos, sino también otros aspectos como son los fenómenos religiosos.

Las legiones de la Iglesia

La Iglesia salió robustecida por la capacidad de convocatoria que mostró, sin embargo, hay que distinguir entre la figura de Juan Pablo II y la Iglesia Católica local. Así pues, ante la jerarquía católica se levanta el enorme reto de poder capitalizar los intensos sentimientos religiosos que provocó la visita. Para la Iglesia quedaron un conjunto de enseñanzas en términos de ingeniería social que la jerarquía deberá aprovechar. También cabe el riesgo de un triunfalismo y la soberbia, particularmente de los Legionarios de Cristo, orden religiosa que en la práctica organizó la logística de la visita. La alianza entre los legionarios y el cardenal Norberto Rivera se hizo más patente. Los resultados de ésta se harán notar a mediano plazo en una batalla moral por los valores sociales y tradicionales del país, en futuras batallas en torno al control de la educación y de los medios de comunicación —la televisión y la radio particularmente—, los cuales desplegarán consignas en torno a la libertad religiosa.

En la compleja red de la estructura católica, toda posición de fuerza y alianza, como la manifestada entre los Legionarios y el cardenal, provoca reacciones en contra. Muchos obispos de diferentes partes de la República no vieron con agrado el excesivo protagonismo, ni del cardenal primado de México, ni de los propios legionarios, cuya presencia fue una sombra permanente del Pontífice. Otros sectores como el *Opus Dei* —quien por cierto les disputa a los Legionarios el mismo mercado religioso de las élites— quedaron inconformes. También es probable cierta inconformidad con la figura del nuncio, quien literalmente fue relegado a planos secundarios durante la IV visita papal.

En el futuro habrá reacomodos y nuevas posiciones, porque la Iglesia mexicana no sólo se incorpora a la dinámica internacional, sino que tendrá más peso local y será un factor de influencia en los derroteros mundiales. ¿Estarán preparados sus principales protagonistas? A corto plazo la jerarquía católica, robustecida con la IV visita del Papa, se prepara para el proceso de sucesión presidencial y, probablemente, de transición del sistema político mexicano. En suma, más que hablar del Papa Juan Pablo II, hay que hablar de México y de los diferentes aspectos que la visita ha puesto en evidencia, particularmente en el imaginario popular.